

JOAN E. GARCES

ASESOR PERSONAL DE ALLENDE

En el diario «El Mercurio de Santiago» apareció, con fecha 14 de octubre, una entrevista con el catalán Joan E. Garcés, «experto asesor de la Presidencia y colaborador directo» del actual mandatario chileno. La entrevista, escrita por un periodista boliviano, ha sido ampliamente difundida en diversos diarios latinoamericanos. Joan E. Garcés es conocido en nuestro país como autor del libro «Chile: el camino político hacia el socialismo», publicado últimamente por ediciones Ariel.

SANTIAGO DE CHILE.—El proceso revolucionario chileno esgrime la propia Constitución como su arma fundamental para continuar con un programa de cambios estructurales que, si cumple, no tendrá paralelo en Sudamérica —en su profundidad—, ni comparación en el mundo, por su curiosa naturaleza, que hace coexistir en tiempo y propósitos una revolución marxista y un sistema legalista.

Esta sería la principal conclusión después de una prolongada conversación con el testigo más cercano al Presidente Salvador Allende, un hombre que resulta fundamental en la proyección ideológica, puesto que su función es, nada menos, la de colaborador directo del primer mandatario, experto asesor de la Presidencia. Se trata de Joan E. Garcés, catalán, doctor en Ciencias Políticas, con título en la Sorbona.

Para el ambiente político chileno Garcés sigue siendo una incógnita. Salvo el veterano comentarista Luis Hernández Parker, que le ha citado un par de veces, prácticamente nadie se ocupa de él. Garcés, por su parte, cumple su función de asesor presidencial con disciplina casi trapeante, sumido en sana modestia y preferentemente marginado de las frivolidades periodísticas publicitarias. A diferencia de Debray, Garcés no es un hombre de acción —en realidad, Debray no alcanzó a serlo—, y su «currículum» es ciento por ciento académico. No ha hecho jamás apologías de guerrilleros ni ha subido a las sierras en pos de una documentación política. Para él no solamente el fusil no manda al partido, sino que, sencillamente, para el caso chileno al menos, no hay fusil.

En 1970 le escribió a Salvador Allende, recién elegido candidato de la Unidad Popular y a quien conocía de mucho antes, y éste le respondió: «Véngase». Desde la campaña electoral, durante la cual convenció de su capacidad al líder chileno por sus análisis y proyecciones, Garcés ha estado al lado de Allende.

Fuera de eso incursiona en un campo más amplio, publicando artículos, ensayos y libros. Aunque actúa detrás del escenario y se somete a una necesaria modestia, Garcés ha aceptado conversar. Un extracto fundamental, directamente relacionado con el proceso revolucionario y a la vez institucional, es lo que sigue:

—Se habla tanto de la «vía pacífica». Quizá su experiencia cerca del Presidente le permite una opinión más clara.

—En lo personal y desde el punto de vista conceptual, sin entrar en la connotación política que tiene el término, no me gusta la expresión «vía pacífica», en la medida que entiendo que ningún proceso social escapa a la violencia, tal el caso en sistemas como el capitalismo, donde, en cierto modo, se encuentra institucionalizada. Con mayor motivo, en un proceso revolucionario el término «pacífico» es equívoco en cuanto que parece dar a entender que no habría violencia, siendo así que en todo proceso se generan y desarrollan una serie de tensiones sociales que, queráse o no, representan presiones violentas sobre los intereses de clase. En lo que yo diferencio es en los tipos de violencia. Hay violencia armada y violencia que sin necesidad de ser armada es más cruel en determinados sistemas dictatoriales. Más eficaz que el simple lenguaje de la metrallera. Pero creo en la política a medida que encuentro que es a través de los mecanismos políticos como se ha expresado y se vino resolviendo hasta el momento la lucha de clases. Esto es lo singular en Chile.

—¿Qué margen tiene la vía institucional para la revolución? ¿No se están cerrando las perspectivas? De todos modos, ¿insiste en la tesis del «camino político»?

—Hay quienes piensan que se agota el cauce legal institucional y que es hoy más estrecho que en mil novecientos setenta. En el setenta también había quienes pensaban que el cauce legal estaba ya

cerrado. A los pesimistas del año setenta les respondería con lo realizado en ese periodo dentro del sistema institucional. A los del momento actual les concedo cierta consideración. No tanto porque se haya cerrado el régimen institucional chileno, sino porque la burguesía y sus representantes políticos no han cesado de maniobrar con un doble objetivo: por un lado utilizan el receso del bloqueo de los mecanismos del régimen institucional a la acción revolucionaria, y por otro, intentan reiteradamente desnaturalizar o violentar, hasta el punto de desconocerlos, algunos de esos mecanismos fundamentales del régimen institucional.

—En caso de crisis hasta la violación flagrante de la Constitución, ¿les correspondería a las fuerzas armadas intervenir para preservarla?

—Hay algunos sistemas políticos modernos que confían a las fuerzas armadas la función de garantizar la Constitución y el orden social. En Grecia y en España, por ejemplo, está explícitamente contenido en el texto de la Carta Fundamental. Inútil sería agregar que son regímenes militares. Pero la situación de Chile es totalmente distinta. La Constitución chilena no encomienda a las fuerzas armadas la defensa de la Constitución, sino que su papel es —y cito textualmente— el de ser instituciones esencialmente profesionales, jerarquizadas, disciplinadas, obedientes y no deliberantes.

«El Presidente de la República ha dicho que él es el principal garante en la defensa de la Constitución y en el funcionamiento del régimen político. Y con ese fin, en los últimos meses, ha venido adoptando una serie de posiciones firmes, respaldadas oportunamente por el Tribunal Constitucional, cuando ha sido requerida su intervención. Para el Gobierno de la Unidad Popular los mecanismos democráticos son una garantía y no una amenaza para el avance de la revolución. Es

por otro lado por donde hay que buscar quiénes están interesados en atentar contra la plena vigencia y desarrollo democrático del país.

—¿Por qué está en Chile? ¿Qué le indujo a venir?

—Hace muchos años que vengo trabajando en el desarrollo político sobre el sistema chileno y que he venido a Chile. Siento una gran admiración por la vitalidad política de Chile y por las probabilidades que la evolución de la lucha obrera ha creado históricamente aquí. Desde el punto de vista de mis convicciones revolucionarias tengo una absoluta identidad con las metas del movimiento popular chileno. Desde el punto de vista intelectual y teórico encuentro que el modo como se ha generado y se está generando el proceso revolucionario en Chile es uno de los más apasionantes del momento actual en el mundo, particularmente considerando que estas características del proceso revolucionario chileno, salvadas todas las distancias, se dan en los países más avanzados del capitalismo industrial. Por consiguiente, en cierto modo, las enseñanzas de la experiencia chilena van a trascender en aquellos países cuyo sistema político está emparentado con el nuestro.

—¿Cómo ve a Allende trabajando tan cerca de él?

—Allende es para mí un producto típico del sistema político chileno. Con esto prácticamente está dicho todo. Junto a un extraordinario conocimiento e interiorización de la realidad política del país, ha acumulado la experiencia personal de alguien que durante casi cuarenta años ha pasado por todos los niveles de la práctica política. De ahí la extraordinaria capacidad como político que amigos y adversarios le reconocen. Pero a esa verificación general agregaría una personal: es la total identidad y convicción con que asume sus planteamientos y sus posiciones políticas. De ahí, igualmente, la firmeza con que las ha sostenido y las sostendrá.